

**P**ARA los cubanos que sentimos y pensamos en cubano y conocemos la larga y cruenta lucha mantenida contra el despotismo colonial y en pro de libertad y de justicia, hay dos Españas completamente distintas y antagónicas.

Una de ellas es la España monárquica, clerical y militarista; la España dominadora, opresora y explotadora; la España que fué, primero, ciega y sorda a los clamores cubanos en pro de mejoras y reformas, y, después, mantuvo por lemas de toda su en Cuba, "intransigencia" y "el último hombre y la última peseta, antes que abandonar la Isla o entregarla a sus hijos"; la España que fusiló a los ocho inocentes estudiantes de Medicina el 27 de noviembre de 1871; la España que durante las revoluciones emancipadoras de 1868 a 1895 asesinó en los campos y en los poblados a ancianos, mujeres y niños; la España que realizó el crimen, sin paralelo en la historia, de la reconcentración; la España de aquellos autoocráticos y sanguinarios generalotes que se llamaron Vives, Tacón, O'Donnell, Concha, Balmaseda, Weyler; la España cuya clericalidad hizo causa común con éstos despotas y bendijo y absolvió todos sus desafueros; la España que después de la derrota sufrida por sus fuerzas de mar y tierra en la guerra hispanoamericana, por boca de sus representantes en la Conferencia de París, el Ministro de Estado, Almodovar del Río, y el Presidente de la Comisión Española, Montero Ríos, insistió reiteradamente con los comisionados norteamericanos para que aceptasen que la renuncia hecha por España de su soberanía sobre Cuba, lo fuera a favor de los Estados Unidos, y en consecuencia, éstos se anexaran la Isla; la España, en fin, de la bandera gualda y roja, que encubrió todos los crímenes del régimen monárquico español en Cuba.

La República de Cuba no puede, a menos que reniegue de la obra revolucionaria emancipadora y de los apóstoles, héroes y mártires de las libertades patrias, rendir homenaje, ni guardar siquiera respeto ni consideración a esa España monárquica, clerical y militarista, que jamás quiso reconocer nuestros derechos al gobierno propio y de la que nunca recibieron los cubanos justicia ni libertad; y la que, desde los mismos días del cese de su soberanía en Cuba, han tergiversado dolorosamente el sentido cordial, humano y justo que encierra la frase de Martí "con todos y para el bien de todos", con el propósito de mantener entre nosotros la supervivencia colonial, a través de la misma organización social que la colonia tuvo a base de dos castas, explotadores y explotados, lo que, desgraciadamente, ha logrado en mucho, unidos los elementos

die 13/37

reaccionarios españoles residentes en Cuba, voluntarios empedernidos, a aquellos cubanos que en su mercantilismo, en su desamor a su tierra y en su ausencia absoluta de ideales republicanos sólo merecen el calificativo de guerrilleros de la República.

Pero hay otra España muy distinta, a la que sí puede y debe Cuba ofrecer público y perenne testimonio, no ya de respeto, simpatía y adhesión, sino también de

gratitud y cariño; otra España que fué noble y generosa con los cubanos, que nos dió la razón frente a la ceguera e intransigencia de sus monarcas, sus gobernantes, sus políticos y sus militarotes, y se puso a nuestro lado, y defendió, con sacrificio de la vida, el bienestar y la hacienda, la causa de Cuba libre, creyéndola humana y justa.

Es esa la España de los que Martí llamó "los buenos españoles", que para él debían ser y fueron tan amados y respetados como los propios buenos cubanos: aquellos españoles hijos del pueblo que el Apóstol conoció en las canteras o en el presidio; aquel don José María Sardá y Gironella que obtuvo el indulto de Martí en 1870 y su destierro a Isla de Pinos, donde lo recogió y albergó en su hogar; aquellos amigos de Martí en Madrid y Zaragoza, identificados con los ideales y aspiraciones cubanos; aquel Francisco Díaz Quintero, que desde las páginas de su periódico madrileño *El Jurado*, mantuvo día tras día, durante meses, viril protesta contra el fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina, demandando a su vez, el indulto de los que sufrían prisión o destierro; aquellos hermanos masones de la Logia Armonía, con el general Pierret a la cabeza; aquellos zaragozanos, amigos de Martí, que se batieron heroicamente en las barricadas, por sus fueros y por sus libertades, y con los que peleó, como un bravío aragonés más, un cubano, el negro Simón, sirviente del Apóstol; aquellos españoles que se unieron a nuestros empeños revolucionarios, y por Cuba lucharon y murieron, con el catalán Pintó a la cabeza. La España de Joaquín Costa, quien se negó varias veces a que lo postulasen diputado porque en 1896 el pueblo de Madrid le negó sus sufragios y no pudo, por ello, plantear en el Parlamento la inde-

pendencia de Cuba, único propósito que perseguía al tratar de ir al mismo en aquella ocasión, para salvar de ese modo a España —son sus palabras— "de las garras de aquella guerra bestial y patriótera"; la España, en fin, del esclarecido repúblico catalán Francisco Pí y Margall, opositor constante de la política de los gobiernos españoles en Cuba, defensor incansable de nuestros derechos, de nuestros anhelos y campañas libertarias, de

ONIO  
NTAL

manera tan abierta, franca, resuelta y noble, que declaró: "Es ya un ultraje a Cuba creerle incapaz de gobernarse por sí misma. ¿Qué colonia se levantó contra su Metrópoli que más valiera, ni más esclarecidos hombres tuviera, en la literatura, las ciencias y las artes?... No la visité nunca, pero me han enseñado a amarla sus cincuenta años de conspiración y de lucha..."

A esta España nobilísima, verdaderamente grande, heroica y generosa, pertenece también don Nicolás Estévanez, capitán del ejército español que llegó a La Habana en situación de reemplazo, el 2 de noviembre de 1871, y en la tarde del día 27, al visitar, como acostumbraba, la Acera del Louvre y sentir una descarga cerrada, preguntó a las personas que le rodeaban: —"¿Qué ocurre?"—, contestándosele que estaban fusilando a los estudiantes. Ante esa evidencia, y enterado de antemano por la prensa de que existía cierta agitación entre los voluntarios de La Habana con motivo de supuestos hechos realizados en el Cementerio por los estudiantes, el capitán Estévanez protestó en esta misma Acera y en el lugar donde hoy nos encontramos reunidos, de manera pública, violenta, airada, contra el fusilamiento, que juzgó un crimen, de aquellos jóvenes cubanos; se arrancó los

galones de su charretera, rompió su espada, siendo tan intensa y aguda su exaltación, que varios camareros del café El Louvre, situado aquí donde está hoy el Inglaterra, lo condujeron, privado de conocimiento, al patiecillo de aquel café, requiriendo, además, los auxilios de un cirujano, quien creyó necesario hacerle una sangría. Después lo llevaron a su casa en coche.

"No dormí —declara Estévanez en su libro Fragmentos de mis Memorias, publicado primeramente en El Imparcial, de Madrid, el año 1899— formé el propósito de abandonar la Isla, donde cualquier día podría tener la desgracia de formar parte de algún Consejo de Guerra, y yo no era capaz de condenar inocentes por ningún género de consideraciones. Aquella noche de insomnio y pesadillas la recuerdo ahora como un delirio confuso; como un tormento horroroso por la distancia, como el martirio de un hombre a quien arrancan de cuajo, no los miembros, sino el alma, los más arraigados sentimientos y todas las ilusiones".

No influyó en su gesto ni en su decisión, el sentimiento de la amistad, pues solo conocía, y eso en España y cuando era muy niño, a uno de los estudiantes fusilados. Lo que agitaba su conciencia y perturbaba su ánimo —afirma— "no era solamente el crimen de lesa humanidad, sino el baldón eterno para España". Fué el patriotismo, precisamente, agrega, "lo que me hizo abandonar la Isla de Cuba. Yo no podía permanecer en ella. Si hubiese

permanecido, seguramente hubiera acabado mal: antes que la patria estén la humanidad y la justicia. . . Pasarán los años —comenta finalmente Estévanez— y los siglos, y cuando nadie se acuerde, ni aún la historia, de la existencia de los voluntarios, subsistirá el borrón, la mancha indeleble que echaron torpemente sobre España los cobardes asesinos. Y caerá también sobre el honrado ejército español, por no haber querido o no haber podido refrenar los desmanes de las fieras”. Y antes de que se cumpliera un mes de su llegada a La Habana, abandonó la Isla en una goleta americana, la primera embarcación de que pudo disponer, rumbo a Nueva Orleans, renunciando a su carrera, total y definitivamente, y negándose, después, en diversas ocasiones, a reingresar en la milicia. “Lo hice con pena —confiesa— pues no tenía más carrera que la militar; pero me había persuadido al fin y al cabo de que no se puede pertenecer a la milicia cuando se antepone la propia conciencia a todas las leyes, a todas las ordenanzas, a todos los perjuicios de profesión y de escuela. No me arrepentiré jamás de lo que hice”.

Cuando la primera República Española, Figueras lo nombró Gobernador Civil de Madrid; fué Diputado y Ministro de la Guerra, con Pí y Margall.

En una interpelación que en aquellos días se le hizo en el Parlamento, declaró que había salido de la Habana con licen-

cia, pero se hubiera marchado aún sin ella: “mis sentimientos humanos, mi patriotismo y ante todo mi conciencia, pesan más en mí mismo que todas las leyes de este mundo.”

Bien merece Estévanez todas estas ofrendas de respeto, de admiración, de gratitud y de cariño que hoy le tributan, hermanos, cubanos y españoles en esta Acera del Louvre, escenario de su hazaña gloriosa el 27 de noviembre de 1871, porque, sin rebajar méritos a otros españoles, como el capitán Federico Capdevila y el Dr. Domingo Fernández Cubas, como oficial designado por el ejército español para defender a los estudiantes ante el Consejo de Guerra, el primero, y el segundo, como profesor universitario, que además de enseñar a sus discípulos, supo también ampararlos como un buen padre, ante la injusta acusación de que fueron víctimas; sin disminuir, repito, los merecimientos de Capdevila y Cubas, fué Estévanez, sin duda alguna, por la espontaneidad de su actitud, por el renunciamiento total de su carrera, por los altos fundamentos ideológicos que inspiraron su hazaña y por la reiterada ratificación posterior de su conducta nobilísima, el héroe máximo del 27 de noviembre de 1871.

Y ha querido el destino, o mejor dicho, la comunidad de principios y de ideales que hoy animan al pueblo de Cuba y al pueblo español, que en el aniversario presente de aquella efemérides luctuosa, mientras allá, en España, se rehabilita la memoria venerada de nuestros mártires estudiantiles, aquí en Cuba se saca del olvido el nombre excelso del más valiente y más noble español de aquellos tristes días. Y al conjuro de estas justísimas rectificaciones históricas se unen hoy espiritualmente, salvando las distancias materiales, el pueblo de España y el pueblo de Cuba en un mismo anhelo de extinción total de despotismos y de explotaciones y por el disfrute verdadero de su libertad y de su independencia.

